Comentarios de la Lección

I Trimestre de 2010
El fruto del Espíritu

Lección 4
23 de Enero de 2010

El fruto del Espíritu es paz

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo"* (Juan 14:17).

Introducción

El mundo corre tras la paz. Estamos muy cerca de ver el cumplimiento de 1 Tesalonicenses 5:3 "Cuando digan '¡Paz y seguridad!', entonces vendrá sobre ellos repentina destrucción". Hay una preocupación global por la paz, pues la tendencia mundial es la convergencia en una gran cantidad de problemas sociales, económicos, políticos, y catástrofes naturales. El futuro de la humanidad, y eso lo saben bien los líderes mundiales, es bastante negro, y no habrá futuro si no se hace algo importante. Y la paz se busca a través de la unión de todas las iglesias en la santificación del domingo, que será promulgado "día de la familia". En ese día, todas las semanas, las iglesias deberán reeducar a los ciudadanos de este planeta a convertirse en hombres y mujeres de paz. Por ese medio se busca salvar la globalización de los negocios, pero detrás de ella está la verdadera intención: adorar a Satanás por la santificación, no del séptimo día, sino del primer día de la semana.

Por otro lado, un grupo de creyentes, que sigue el Manual de vida eterna que es la Biblia, anuncia, basado en ese Libro, que aquí en la tierra no hay otra esperanza que el futuro eterno accesible por la entrega a Jesús, el Salvador, que muy pronto retornará. Ese grupo también anuncia la necesidad de santificar el día que rememora la creación y al Creador, el séptimo día de la semana, el sábado, instituido por Dios. Esa verdaderamente es la única vía para la paz, pues en los mandamientos de Dios se puede encontrar la fórmula del amor que es: Amar a Dios sobre todas las cosas, y amar al prójimo como deseamos ser amados. La paz está en la humilde entrega a nuestro Salvador, y dejar que el Espíritu Santo haga su obra de transformación de vida interior.

Mi querido lector o lectora, ¿quieres encontrar la paz verdadera, la que satisface y que hace mucho bien? Entonces cada día haz lo siguiente: Lee un pasaje de tu Biblia. Antes de leer, ora a su Autor, para que Él te de la interpretación. Entonces recorre algunas líneas de ese sagrado Libro. Pero tienes que leer con humildad. Eso significa leer sin preconceptos, sin ideas preconcebidas. La humildad, y sólo ella, permite una entrega to-

tal a Cristo. Quien no sea humilde en su entrega, deja fuera alguna cosa en su vida. Puede dejar afuera la tintura de los cabellos, la costumbre de ver telenovelas, el fanatismo por algún equipo deportivo (intenta imaginar a alguien que desea ser salvo involucrado con todo lo que el fanatismo por el fútbol significa, que va desde la corrupción, la violencia, la competencia, las burlas, los chistes…), de alimentación perjudicial, de amistades inadecuadas, y mucho más. Quien quiera alcanzar la paz de Dios tiene que recorrer un camino muy simple, nada complicado, pero que muchos no desean recorrer, y es el camino de la humildad a una entrega total, sin dejar nada afuera. Tiene que entregar todo a Cristo, todo, todo lo que lo atrae a este mundo. Entonces sí sentirá como nadie el poder de Dios actuando en su vida, y sabrá que está en el camino de la salvación para vida eterna. Y eso le dará una paz interior como jamás pudo imaginar. Y será una persona feliz, una persona que ya no se sentirá atraída por el mundo, sino por aquello que Jesús ya preparó en la Tierra Nueva, y que podrá disfrutar por toda la eternidad.

Paz con Dios

Analicemos el tema de esta sección a través de una sucesión histórica de hechos. Adán y Eva fueron creador por amor. Dios los creó para amarlos, y los dotó de capacidad de amar a Dios y amarse mutualmente. Así, serían libres y felices, en paz entre ellos y con Dios. La paz provenía del vínculo de intimidad que ellos tenían con Dios, que es el amor, y la paz era la condición de la felicidad de ellos. Eso quiere decir que ellos vivían el uno para el otro, y que ambos vivían para Dios, todo en armonía.

Sin embargo, al caer en la tentación, cambiaron sus vínculos. ¿En qué consistían esos vínculos? En una relación de obediencia de parte del hombre para con Dios, y en una relación total de favor (bendiciones sin medida) de parte de Dios para con el hombre. Esa es la condición para que las criaturas vivan por la eternidad, siempre felices, sin preocupación alguna.

Habiendo desobedecido a Dios, y habiendo obedecido la astuta sugestión del enemigo de Dios, por ese acto conformaron un vínculo con ese enemigo, al mismo tiempo que rompían el vínculo con Dios. Se ligaron, por sometimiento, al enemigo, a aquél que no sabe nada de amor, sino que entiende mucho de odio y mentiras. Con él la vida es muy diferente de la vida con Dios, una vida de intrigas, injusticias, venganza, competencia, lucha desigual, ensalzamiento del yo a cualquier costo… Esa es una vida muy difícil, pues en razón de la ruptura con Dios, se pierde la vida eterna. El enemigo no es creador, y no tiene poder para mantener vivos a sus aliados para siempre. Además, él mismo no puede vivir para siempre, porque también es pecador. En rigor de verdad, aquellos que se vinculan al enemigo no son aliados, sino sus esclavos, pues él los controla por la fuerza y por la astucia de una sucesión de mentiras.

En el transcurso de la historia, Aquél que participó de la creación, vino a esta tierra en forma de hombre, y vivió entre los hombres. Fue tan simpático, tan humilde, tan bondadoso, tan amigo, tan amado por las personas, que eso llegó a llamar la atención de muchos. El era bueno. Muchas veces los hombres lo maltrataron, pero Él, en contrapartida, les hacía el bien. Estuvo siempre dispuesto a perdonar a quien lo ofendiera y –de hecho– perdonó a todos los que estuvieron involucrados en su muerte. Hasta el último instante de su atribulada vida, Él siempre estuvo perdonando y haciendo el bien. El virtualmente increíble que en algún momento de la historia haya existido una persona así.

Lo interesante, y hasta intrigante, es que El vivió aquí con posibilidades de pecar, pero nunca pecó. El fue firme en ese aspecto, aunque en otros aspectos no pareció ser tan fuerte, como ocurrió en el incidente del fallecimiento de Lázaro, en el que se emocionó profundamente. Sí, Él se emocionó a causa de la dureza del corazón de aquellos que quería salvar, y ellos respondían sin ningún interés. Por el contrario, combatían su mensaje y así estaban perdiéndose en la muerte eterna.

Otros, sin embargo, se sensibilizaron con su demostración de amor. Se sintieron atraídos por tanto amor. Fue un amor incondicional, aún cuando –en rigor de verdad– Él no pedía nada a cambio. Lo que quería era salvar a los seres humanos, sólo eso, y mostró, a través de su vida, que ese intento era sincero.

Esas personas, y ojalá que en este momento tú seas alguna de ellas, se apegaron tanto a Él, que tomaron la decisión de entregarse a Él. Confiaron tanto en Él, que decidieron en sus conciencias entregarle todo lo que eran y tenían a Él. Todo: su vida, sus costumbres, sus hábitos, todo. ¿Y qué hizo Él con esas personas? Las aceptó y las declaró salvas para vida eterna. Esa declaración la hizo en el Santuario, donde intercede por los seres humanos.

Todo tiene su explicación en la cruz. El, una persona santa, sin haber nunca pecado, murió. El mismo se entregó para ser muerto, pues tenía poder para escapar de ello. Se entregó para morir por nosotros, no como un héroe, sino en razón de la intensidad del amor que Él sintió por nosotros. No podía convivir con la idea de que nosotros fuéramos destinados totalmente a la muerte eterna, sin darnos al menos una oportunidad de volver junto a Él. Colgado en la cruz, en un estado lamentable e incluso indescriptible, allí mismo, movido por su infinito amor, declaró que estamos perdonados.

Aquellos que se sensibilizan por tamaña demostración de amor, sienten el deseo de vincularse nuevamente a Él, y eso es lo que de hecho ocurre. Notemos, vincularnos a Él significa dejar de lado todo aquello que, en mayor o menor grado de intensidad, nos vincula al enemigo, esto es, al mundo. Estas personas aceptan la paz de Cristo, y pasan a vivir en paz. Es una paz interior, o sea, una certeza absoluta de que en el futuro, bien próximo, todo será bueno otra vez, y eso será perfecto para siempre, y que viviremos por la eternidad, felices, en paz con nuestro Creador, y en paz entre nosotros.

Esa experiencia la tendrán todos aquellos que, en un acto de humildad, se entreguen a Jesús. Él acepta a esas personas, es lo que más ansía hacer. En el mismo instante, Él envía al Espíritu Santo para iniciar todo un proceso de transformación que se completará el día en que Él, el Salvador, venga. Desde ese momento en adelante, no sólo habrá paz con Dios, sino también nunca más existirán las tribulaciones y el temor.

Encontrar la paz - I

Analicemos los versículos de Mateo 11:28, 29 exhaustivamente. Así acostumbro estudiar algo que deseo aprender profundamente. Además, si no estás dispuesto/a a cambiar algo en tu vida, en ese caso no necesitas continuar leyendo. Siempre que nos encontremos con pasajes de la Biblia cruciales, debemos tomar la firme decisión de encontrar allí mensajes para que nuestra vida cambie. Jamás debiéramos leer la Biblia sin una humilde predisposición a realizar cambios en nuestra vida.

- ***“Venid a mí todos los que estás fatigados y cargados”***
  ¿A quiénes está llamando Jesús? No a los ociosos o a los que piensan que están descansados. En rigor de verdad, no hay nadie que pueda estar en una situación holgada; hay muchos que, emborrachados por las atracciones mundanas, se sienten así. Sin embargo, hay personas maltratadas por la dureza de la vida, por los tiempos trabajosos, por las enfermedades, por la ingratitud, por las dificultades económicas, por problemas familiares, y la lista sigue. Son personas que sufren, que lloran, muchas de ellas casi todos los días. Hay personas en esa situación que ya no ven un futuro para sus vidas. Perciben que sus sueños de ser felices en este mundo se han terminado. A esas personas Jesús les extiende esa invitación. Si tú estás llegando al límite de lo soportable, a la orilla de la angustia, cansado y sobrecargado, entonces acepta esa invitación. Un detalle importante. Jesús no está invitando sólo a algunos, sino a “todos” los que están fatigados y cargados. El quiere aliviar las cargas de todos.

- ***“Que yo os haré descansar”***
  Después de la invitación, la primera promesa de de alivio. Aquí el Maestro no promete una solución total a los problemas, nos promete alivio. Mientras estemos en este mundo, tendremos que afrontar problemas, aún más allá del límite de lo soportable, ¿no es así? Cuando pasen del límite de lo soportable, necesitamos alivio. Y es eso lo que Él quiere darnos. Veamos entonces lo que Él sugiere que hagamos para tener ese alivio. Pero antes, tenemos que saber cómo se llega a Jesús, cómo hacer práctico y real el “ir” a Él. Eso es simple. Sólo basta con lo siguiente: en la situación en la que te encuentres, no importa dónde estés, dobla tus rodillas en un lugar tranquilo y derrama tu corazón delante de Jesús. Háblale de las cosas que sufres, y pídele a Él que tome el control de tu vida. Entrégate integralmente a Él. Eso significa que estarás dispuesto a cambiar todo lo que Él te pida, y ten la seguridad de que aunque te pida mucho para cambiar, no será todo de una sola vez. La promesa es: “Con él estaré en la angustia, lo libraré y lo glorificaré” (Salmo 91:15).

- ***“Tomad mi yugo sobre vosotros”***
  Algo tenemos que hacer. Somos seres inteligentes, tenemos algo de fuerza física, tenemos brazos y piernas, somos capaces de trabajar. Por lo tanto, hemos sido hechos para hacer alguna cosa. Es nuestra parte. No fuimos creados para la ociosidad, sino para construir. Por lo tanto, tal como lo dice este versículo, tenemos alguna responsabilidad que cargar. Aquí Jesús nos habla de un yugo. ¿Y qué era el yugo? Era un instrumento de madera que se colocaba sobre el pescuezo de los bueyes para que ellos pudieran arar la tierra o para empujar un carro. Jesús nos está ofreciendo su yugo, o sea, El está diciendo que algo tenemos que hacer bajo su dirección. En verdad, Él nos está proponiendo un trueque, del yugo de Satanás al yugo de Jesús. Y vamos a ver en qué consiste esto.

- ***“Y aprended de mí”***
  Notemos, Él quiere enseñarnos algo. Es con ese objetivo que dice: “Aprended de mí”. El nos está diciendo que aquello que conocemos, y que dirige nuestra vida en este mundo, es lo que nos sobrecarga. Son los cuidados y las atracciones de este mundo lo que nos acarrean consecuencias opresivas y nos dejan cansados. Trabajamos y trabajamos, ¿y qué alcanzamos? Una tumba más temprano que lo normal. Deberíamos vivir aproximadamente hasta los ciento veinte años, y saludables, pero quien llega a los noventa ya es mucho, y generalmente quien llega

hasta esa edad generalmente está débil y cansado. Tal vez, de tanto trabajar, logramos en esta vida una tumba más lujosa. Pero por dentro, la misma podredumbre, ya sea pobre o millonario, para todos es el mismo destino. ¿Y qué es lo que Él quiere enseñarnos? Eso está en su Palabra, pero que puede resumirse de esta manera: El quiere enseñarnos a vivir de tal manera que tengamos su compañía aquí en la tierra y también tengamos la firme esperanza de vida eterna que Él prometió, y por la cual tanto sufrió. Eso quiere enseñarnos Él, una vida superior a la de aquí, una vida perfecta, más allá de este mundo.

- ***“Que soy manso y humilde de corazón”***
  Jesús aquí nos da un indicio de su enseñanza, el objetivo de aquello que nos quiere enseñar. El dice que las enseñanzas provienen de un maestro que es “manso y humilde”. ¿Y qué desea de sus alumnos un Ser con estas dos características? Sólo puede procurar el bien, un futuro promisorio con felicidad. Aquí podemos visualizar el yugo que Él nos quiere dar. ¿Y qué yugo será ese? Espera un poco, Él mismo nos lo dirá.

  Reflexionemos acerca de la mansedumbre y humildad de Jesús. Ahora mismo, mientras estoy redactando este párrafo, un pichón de paloma está a mi lado. En una de las frecuentes tormentas en nuestra región, cayó del nido y perdió a sus padres. Nosotros acogimos al pichó, le dimos abrigo, protección y alimento. ¿Sabes quién halló al pichón? Nuestro gran gato negro, otro animal que forma parte de nuestra familia. El trajo al pichó dentro de casa, sin lastimarlo, y lo dejó allí, como diciendo: “Cuiden de él”. Y nosotros lo cuidamos. Ahora ya está más crecido, aprendiendo a volar. Un día de estos tendrá su libertad, pues fue hecho para volar. Dios lo hizo así, y nosotros lo vamos a respetar. ¿Y sabes lo que esta palomita está haciendo ahora? Está al lado del *mouse*, echándose una siestita. De vez en cuando mira el teclado y aquél ratón electrónico moviéndose. Hace un instante vino junto a mi mano, se acurrucó allí y se sintió en paz. ¿Se puede ahuyentar a un animalito tan indefenso, que sólo quiere nuestra compañía y nuestra protección? ¿Cómo alguien puede hacerle algo malo a un pájaro tan amistoso? La paloma se siente segura porque estoy siendo manso y humilde con ella. Por ello no se asusta.

  Nosotros somos mucho más que palomas para Jesús. Somos hijos e hijas, y quiere, con mansedumbre y humildad movidas por puro amor, liberarnos de nuestra condición de sufrientes.

- ***“Hallaréis descanso para vuestras almas”.***
  O sea que Él nos dice que estaremos en paz. Descanso, aquí, es enfocado desde el punto de vista espiritual. El nos dice que nos sentiremos aliviados porque tendremos esperanza de que, luego de pasar por este sufrimiento aquí en la tierra, tendremos toda la eternidad para ser felices. Aquí pasaremos por aflicciones, pero ellas serán aliviadas para que puedan ser superadas mientras eso sea necesario. El alivio es sentir el poder de Dios a nuestro lado, aún cuando estemos ante un ataúd y dentro de él haya un ser querido para nosotros. Esos momentos son muy difíciles, pero sabemos que un día, y muy pronto, esa persona resucitará y vivirá con nosotros para siempre, y eso nos hace sentir aliviados. Saber que estamos en el camino a la vida eterna, que estamos reconciliados con nuestro Creador, que Él nos ama y nosotros lo amamos, nos hace sentir paz.

- ***“Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”***
  Al final Él nos dice que su yugo es suave, y su carga es liviana. ¿Y qué quiere decirnos Él con eso? Que el yugo es la obediencia a los Diez Mandamientos. ¿Qué es lo que Él quiere enseñarnos, entonces? Que al obedecer sus mandamientos, lo amamos a Él y nos amamos entre nosotros. Obedecer es el yugo. La carga del amor sólo puede ser liviana porque genera las condiciones para la felicidad, y de la vida eterna, pues únicamente los salvados por su sangre y que obedecen sus mandamientos, se salvarán.

  De hecho, ¿qué puede ser más liviano? ¿Las cargas de Satanás, las imposiciones por las cuales casi nos matamos trabajando, o la carga de Jesús, que nos enseña a descansar todos los sábados y nos enseña a amarnos entre los seres inteligentes?

  La palomita que continúa durmiendo a mi lado sabe cuál es la carga más liviana, ella se apegó a nosotros, y nosotros a ella. A ella le gusta estar con nosotros y nosotros nos gusta tenerla. Se siente segura, tiene todo lo que necesita, e incluso más que eso. Ella es feliz, y ese es el yugo que le estamos dando para que ella lleve. Muy pronto, tendrá la recompensa de esa carga, el día en el que esté lista y pueda salir volando rumbo a su libertad.

Encontrar la paz – II

Jesús, habiendo predicado durante largas horas, decidió irse a la otra margen del lago de Galilea. Estaba cansado. Se acostó en la barca y se durmió. Era un ser humano. Su divinidad estaba velada.

Mientras dormía, se desató una tempestad sobre el lago, se formaron olas tremendas, demasiado grandes como para que la barca las soportara. Aquél lago tiene doce kilómetros de anchura en su parte más ancha, y veintiún kilómetros de longitud. Está a 209 metros bajo el nivel del mar Mediterráneo, y su profundidad varía entre los 40 y 45 metros. Siempre tuvo abundancia de peces y hasta ahora es una buena fuente de agua para las ciudades de la región. El representa vida, ya sea por el agua, ya por los peces, por el clima y la abundancia de vegetación a su alrededor. Es exactamente lo contrario al Mar Muerto, el más salado del mundo, que no tiene peces, y que sólo recibe agua, que se va de allí por evaporación.

Las barcas de los pescadores de esas aguas eran pequeñas, movidas a remos y vela. Una de esas barcas recientemente fue hallada sumergida, y poseía las siguientes dimensiones: 8.2 metros de longitud, 2.3 metros de anchura y 1.2 de profundidad. Podía transportar cerca de veinte personas, quince pasajeros y cinco tripulantes entre los remadores, los que cuidaban la vela, además del capitán.

Jesús entró en un barco así, se recostó y muy pronto se durmió. Pero mientras dormía, vino una tempestad con vientos muy fuertes. Las olas eran grandes, puedes imaginar olas de más de un metro de altura. Ellos estaban en medio del lago, y no lograban salir de allí. La vela había sido recogida y ahora trabajaban con los remos para intentar llevar el barco a la orilla y mantener el equilibrio para no virar la embarcación y hundirse. Debido a las olas tan altas, y a la lluvia, el agua estaba entrando en el barco, y todos estaban intentando sacarla de la barca. Aterrorizados, aún cuando no estuvieran enfrentando la

tormenta más grande, los hombres se gritaban intercambiando ideas acerca de lo que había que hacer. La tormenta sólo arreciaba, vientos, rayos, truenos estruendosos, olas cada vez más altas, y un cielo cada vez más oscuro. Sobre ellos se cernía una nube oscura sobre ellos, como diciendo: "Hasta aquí han llegado". Era lógico que estuvieran aterrorizados…

Pero había algo más que estaba ocurriendo en ese barco. A pesar de la situación, Jesús continuaba durmiendo, como si no le importara nada de lo que estaba aconteciendo. Así fue hasta que la situación se tornó insostenible, y ante la inminencia de que el barco sucumbiera, se acordaron de Jesús. En medio del estruendo de la tormenta, le gritan a Jesús, preguntándole si no le importaba que el barco se hundiera y todos murieran.

¿Y qué hace Jesús? El, calmadamente, se levanta, observa la situación, y le da una orden al viento, a la tormenta, a la nube, a las olas, a los relámpagos, para que se calmen. Y de una situación de inminente tragedia pasan a presenciar una calma que impresiona. El agua del mar se alisa, no tiene olas, no hay viento alguno, las nubes se deshacen, los rayos con sus truenos se acallan. La paz que estaba con Jesús al dormir se expande a los elementos de la naturaleza. Dentro del barco estaba la paz, y ellos no se habían percatado de ello.

¿De dónde vino aquella calma? Vino de Jesús. ¿Y dónde estaba Jesús? Junto a ellos, en medio de la tempestad y su furia. ¿Por qué dormía Jesús? Porque Él tenía y tiene poder sobre la naturaleza. Con Jesús estaba la paz, la calma, la serenidad, la armonía, el equilibrio; junto a Jesús estaba el poder de acabar con ese estruendo furioso de la tempestad. Jesús es el hombre de la calma y la paz.

Muchas veces estamos en medio de turbulencias, aterrorizados, sin saber más que hacer, cuando lo que tenemos que hacer es orar a Jesús, que está bien a nuestro lado, para que nos ayude. Muchas veces luchamos con nuestras insignificantes fueras contra la furia de potentes enemigos, y así sustituimos el poder de nuestro Salvador, que está bien cerca de nosotros queriéndonos ayudar. Reflexionemos sobre la cita que agregamos a esta ocasión: "Cuando nosotros mismos nos encargamos de manejar las cosas que nos conciernen, confiando en nuestra propia sabiduría para salir airosos, asumimos una carga que él no nos ha dado, y tratamos de llevarla en su ayuda. Nos imponemos la responsabilidad que pertenece a Dios y así nos colocamos en su lugar. Con razón podemos entonces sentir ansiedad y esperar peligros y pérdidas, que seguramente nos sobrevendrán. Cuando creamos realmente que Dios nos ama y quiere ayudarnos, dejaremos de acongojarnos por el futuro. Confiaremos en Dios así como un niño confía en un padre amante. Entonces desaparecerán todos nuestros tormentos y dificultades; porque nuestra voluntad quedará absorbida por la voluntad de Dios". [1]

Paz en el hogar

¿Qué es el hogar? Es una sociedad, organizada por Dios. Está conformada, como mínimo, a dos seres humanos y un Maestro para que les enseñe a ellos a vivir en paz. En verdad no puede existir una sociedad más pequeña que el hogar: dos seres humanos. Esta sociedad se inicia con dos, el hombre y la mujer, y cuando aprendan del Maes-

[1] Elena G. de White, *El discurso maestro de Jesucristo*, p. 85.

tro cómo hacer para amarse, entonces pueden engendrar hijos, puestos éstos vendrán como una expresión del amor de sus padres y como expansión de su felicidad.

¿Quién es responsable de esto? El tercer integrante, el Maestro, Dios, quien inventó el hogar. ¿Qué es lo que Dios quería, al crear a Adán y Eva, y con ellos conformar el hogar? Quería que estas dos criaturas fueran felices a punto tal de que no les interesara conocer el mal, pues el bien proviene del amor, y el mal proviene del odio. El amor está en Dios, quien organizó el hogar, y quien lo sustenta. Él era el Maestro que iba todos los días hasta el Jardín del Edén para enseñarles a Adán y Eva cómo amarse y cómo amar a Dios. Ese era el placer de Dios y también de la pareja. Y los sábados eran especiales, en el cual la felicidad era coronada con un nivel más elevado, pues en ese día se dedicaban exclusivamente a Dios, el Creador del hogar. La felicidad de cada sábado hacía que ellos desearan el nuevo sábado durante todos los días de la semana. El séptimo día de cada semana era el punto culminante de la semana y el clímax del amor y la felicidad. ¡Cuán buena era esa vida!

Hoy el hogar debería ser una fortaleza contra el mundo exterior, un refugio de la intimidad entre la pareja, los hijos y Dios. Debería ser un lugar ideal para vivir en paz, pues allí siempre debería estar invitado el Creador del mundo. Pero hoy ya no es así. En el hogar entran muchas cosas que contaminan la felicidad que proviene del amor. Entra el infernal barullo mundano a través de la televisión, la radio y otras fuentes de sonido satánicas. Allí entran revistas indecentes y con la basura más inmoral imaginable. Allí entran las disputas y la lucha por la supremacía. Allí casi ya no se busca a Dios. En los hogares de hoy entra casi todo, y estando eso allí, Dios es obligado a retirarse. Aún cuando se realicen esporádicos cultos, a El no le gusta estar allí, pues sabe que después del culto, todo continúa estando tal como al diablo le encanta.

¿Quieres ser feliz? Entonces procura convertir a tu hogar en un lugar donde a Dios, Jesús, el Espíritu Santo y los ángeles les guste estar todo el tiempo. Cuanto más tiempo ellos estén allí, tanto mejor para que todos sean felices, y vivan en paz. Pero para eso tienes que abandonar las cosas del mundo, ellas no combinan con las cosas de Dios, son antagónicas entre sí.

Paz en la iglesia

Aplicando las palabras de Jesús en Mateo 5:23, 24, si entramos en la iglesia para el culto, y en ese momento recordamos que algún hermano tiene algo contra nosotros, debemos volver, ir hasta la casa de ese hermano, y hacer las paces. Notemos. El no dice que hagamos eso si nosotros tenemos algo en contra del hermano, sino que está indicando el camino más fácil para una reconciliación. Y ese camino incluye al ofendido tomando la iniciativa de ir hasta donde está el ofensor para proponer una reconciliación. Es evidente que eso no quiere decir que el que ofendió no pueda hacer lo mismo, este también debe tomar la iniciativa. Imagina si los dos deciden, al mismo tiempo, la reconciliación. Al encontrarse, no habrá dificultades para la normalización de las relaciones.

¿Qué más nos está diciendo Jesús? Nos dice algo muy importante, no debemos adorar a nuestro Dios cuando hay litigios por resolver con algún hermano. ¿Cómo adorar a Dios, que es lo mismo que amar a Dios, si no amamos al semejante?

Hay, sin embargo, una excepción. En caso de que el hermano no esté de acuerdo con la reconciliación, en caso de que él continúe deseando ser un enemigo, entonces ya no hay nada que hacer. Jesús mismo tuvo muchos enemigos, ellos querían la paz con el Salvador, y Él no dejó de ir al Templo por eso. Por el contrario, en ciertas oportunidades, Él los expulsó de allí. Pero hay una cosa que Jesús nos dice: si alguien quiere ser tu enemigo, y no acepta vivir en paz contigo, ¿qué podemos hacer? En ese caso, hay que dejarlos, tú no debes ser enemigo de ellos, tú debes amar incluso a tus enemigos, y orar por los que te persiguen. En resumen, si no se dan las condiciones para llegar a una reconciliación, al menos perdona a tu enemigo que insiste en la enemistad. En este caso, vale el consejo de Pablo: "Soportándoos unos a otros…"

Debemos ser pacificadores. Si con algunos no logramos las paces, dejémoslos. Debemos ayudar a otros a encontrar la paz entre ellos. A veces es necesario intermediar para que las personas arreglen sus cosas entre sí, y vivan en paz.

Para los buenos cristianos, aquellos que toman en serio los preparativos para ser salvos, deben vivir en paz en el hogar, en la iglesia, y en la comunidad. Fue así como Jesús, nuestro Ejemplo, vivió en nuestra tierra.

Aplicación del estudio

"En su discurso a los discípulos, Jesús no hizo alusión aflictiva a sus propios sufrimientos. Su último legado a ellos fue un legado de paz. Dijo: 'La paz os dejo, mi paz os doy: no como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo' (Juan 14:17)". [2]

Meditemos en este pasaje por partes:

- *"La paz os dejo, mi paz os doy".* El nos dio su paz. La paz no es algo que se logra, sino es algo que debemos recibir de Jesús, y El es su única fuente, sólo Él tiene paz verdadera para dar. Y ya descubriremos de qué se trata esa paz que Él quiere darnos.

- *"Yo no os la doy como el mundo la da".* O sea, el mundo habla de paz con la fuerza de las armas. Barack Obama, premio Nobel de la Paz en 2009, hace pocos días dijo que para alcanzar la paz hacía falta la guerra. Esa es la paz del mundo, la que usa la fuerza para subyugar al enemigo. La paz de Cristo fue obtenida por la sumisión al amor. El quería salvarnos, y se sometió a su designio movido por el amor. Pero, ¿de qué se trata esa paz?

- *"No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo".* Esa es la paz de Jesús, estar tranquilo con respecto al futuro, estar seguro de que con Dios todo terminará bien en esta tierra, y que hay un futuro eterno y hermoso que nos aguarda. Saber que aquí las cosas no van bien, que sufrimos, pero también saber, y tener la certeza plena, de las delicias eternas que nos aguarda, y que todo eso está garantizado por el poder de Dios que es infinito, y por el amor de Jesús demostrado en la cruz, eso es un motivo para tener paz. Saber esas cosas y aún así estar seguros

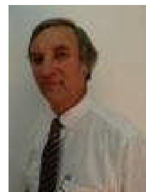
---

[2] Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 626.

de que estamos en el camino correcto para estar muy pronto con Jesús. Pensemos, ¿hay alguna otra razón para estar en una paz superior a esa?

“Pero el servicio de la comunión no había de ser una ocasión de tristeza. Tal no era su propósito. Mientras los discípulos del Señor se reúnen alrededor de su mesa, no han de recordar y lamentar sus faltas. No han de espaciarse en su experiencia religiosa pasada, haya sido ésta elevadora o deprimente. No han de recordar las divergencias existentes entre ellos y sus hermanos. El rito preparatorio ha abarcado todo esto. El examen propio, la confesión del pecado, la reconciliación de las divergencias, todo esto se ha hecho. Ahora han venido para encontrarse con Cristo. No han de permanecer en la sombra de la cruz, sino en su luz salvadora. Han de abrir el alma a los brillantes rayos del Sol de justicia. Con corazones purificados por la preciosísima sangre de Cristo, en plena conciencia de su presencia, aunque invisible, han de oír sus palabras: ‘La paz os dejo, mi paz os doy: no como el mundo la da, yo os la doy’ (Juan 14:17)". [3]

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

[3] Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 613, 614.